

¡Confidencial!

Dagmar Geisler



EL BARCO
DE VAPOR

SERIE WANDA



sm



www.
literaturasm
.com



Primera edición: abril de 2011

Texto e ilustraciones: Dagmar Geisler - www.dagmargeisler.de

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Jover
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Wandas geheime Notizen!*
Traducción del alemán: Iria Retuerto

Este libro se ha negociado a través de la agencia
Ute Körner Literary Agent, S.L. - Barcelona - www.uklitag.com

© Deutscher Taschenbuch Verlag GmbH & Co. KG, München, 2003
www.dtv.de

© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2 - Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

WANDA LICHTENBERG

NACIMIENTO: 13 de noviembre, en su casa.

DOMICILIO: Vive habitualmente con su madre, Ilse Lichtenberg, en la calle Uhland. Le encanta, cuando no hay vecinos estúpidos.

AFICIONES: Dibujar y leer.

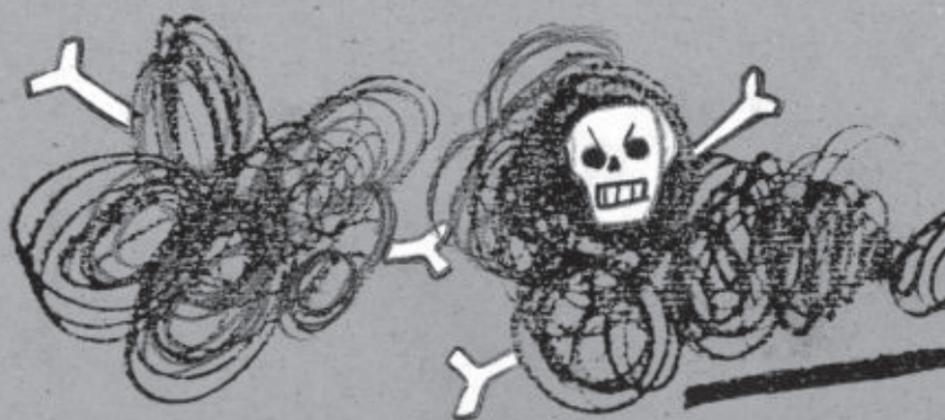
ANIMAL PREFERIDO: Desgreñado (es un perro).

LE GUSTA: Salir de paseo, las crepes, su amiga Katti y los bollos.

NO LE GUSTA: El tofu, los cascós de montar a caballo, los créidos, los peinados de peluquería, ni ordenar.



¡PSSSS!



Esto es lo PEOR que me podría haber pasado. ¡Qué fuerte! Ha llegado gente nueva a la casa de al lado, ¡y justo tenían que ser ELLOS! ¡Yo lo flipo!



El señor y la señora Meier eran unos vecinos guay. Me sienta fatal que se hayan ido. Y, sobre todo, que se hayan llevado a su perro, Desgreñado.

Durante cuatro semanas, los obreros estuvieron dale que te pego con el martillo y hoy, justo cuando iba a lanzarme sobre mi bollo de canela de los sábados por la mañana, me encuentro otra vez con ese maldito camión de mudanzas. ¿Y a quién veo subiendo las escaleras de la entrada, sosteniendo una lámpara horrorosamente fea?

Corro a llamar por teléfono a Katti.

–¡Qué fuerte! –aúlla–. ¡No me puedo creer que ese sabiondo repeinado de Fabián Schilling sea tu nuevo vecino!

–Y eso no es todo –lloriqueo–. Viene con toda su familia, incluida una hermana insoportable.

–¡Qué horror! Desde luego, últimamente tienes la negra.

–¡Yo lo flipo! –mascullo entre dientes.



Mamá entra en la cocina justo cuando acabo de colgar el teléfono. Envuelta en su enorme bata, medio dormida y arrastrando los pies, se acerca a la ventana.

–Anda, mira –dice bostezando y revolviéndose el pelo–, tenemos vecinos nuevos. Parece que tienen hijos de tu edad, ¡qué bien! A lo mejor os podéis hacer amigos.

¡Uff! A veces, mamá no se entera de nada.

SÁBADO POR LA TARDE

Durante todo el día, los Schilling se han dedicado a meter sus trastos en la casa. Además de esa lámpara que te pone los pelos de punta, han llevado un sillón rosa más feo que una bruja con sarpullido, una jaula de pájaros que parece un repollo con lazo (no conseguí ver qué tipo de pájaro había dentro), un sofá muy raro que tiene respaldo en un solo lado (no tengo ni idea de cómo se llama), y muchos otros trastos inútiles. Yo me he pasado toda la tarde en mi habitación escondida y

¡JORDENANDO!

La verdad es que no tenía ni pizca de ganas de encontrarme cara a cara con Fabián Schilling. Katti, para variar, estaba montando a caballo y no podía venir a consolarme.

Katti y yo nos conocemos desde que nos hacíamos caca en los pañales, cada una en el suyo, por supuesto. Lo que sabemos de esa época es lo que nos cuentan nuestros padres, que nos llevaban a la misma escuela infantil.

De lo que sí tengo recuerdos propios es de cuando las dos empezamos a ir al cole. En mi

estantería aún tengo una foto en la que estamos Katti y yo en clase, pringadas de pintura desde la cabeza hasta las zapatillas de ratón que nos ponían a todos. Las dos queríamos ser pintoras y ya habíamos empezado a ensayar en las paredes del rincón de juegos.

Yo todavía quiero ser pintora. Katti..., no estoy tan segura, porque desde que empezó a hacer equitación, se pasa la vida en la hípica.

¡Pues vaya! Parece que tener la habitación tan ordenada me pone más contenta. A lo mejor tendría que ordenarla más a menudo. En fin, sea como sea, voy a hacer una lista de todo lo que en los últimos meses ha cambiado radicalmente en mi vida.



1. Los Meier se han marchado.
2. Se han llevado a Desgreñado. Desgreñado es el perro más guay que conozco. Parece una alfombra inflada con orejas. Al volver del colegio, siempre me daba la bienvenida ladrando a todo volumen, y cuando mamá tenía que salir alguna noche, me lo traía a casa para que me cuidara. Ahora vive en Venlo, en los Países Bajos, con los Meier. ¿Se puede saber qué pinta un perro como Desgreñado en los Países Bajos?
3. Papá y su novia se han ido a vivir juntos.
4. Ahora, cuando voy a casa de papá los martes y los jueves después del colegio, ya no vamos a la pizzería ni a nuestro chino favorito.
5. Inge es una fanática de la comida orgánica. Le gusta cocinar pasta de espelta con tofu o verdura rebozada. (Vale, su pizza integral está riquísima, pero a ella no se lo pienso decir jamás).
6. Desde que Inge vive con papá, a mamá la llamo mamá, y no Ilse. ¡Tener una Ilse como madre y una Inge como aspirante a segunda madre es un jaleo que no veas!

7. Después de las vacaciones de verano, nos han puesto una nueva profesora, la señorita En-cuarto-ya-deberíais-saber-estas-cosas Schmitz.

8. Desde hace unas cuatro semanas, tenemos un compañero nuevo en clase:

NOÑO
ASQUEROSO
REPULSIVÍSIMO

¡AY,
QUE VOMIITO!

→ **!!! FABIÁN SCHILLING!!!** ←

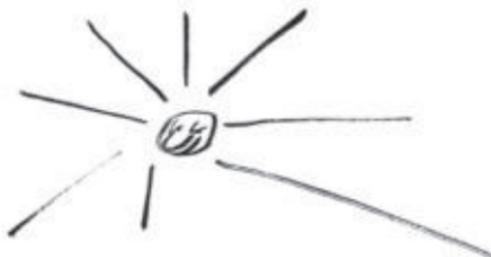
9. Fabián Schilling contesta absolutamente TODAS las preguntas de la señorita Schmitz.

–¡Fijaos en Fabián! –nos restriega todo el día en la cara–. En-cuarto-realmente-deberíais-saber-estas-cosas.

Sin Fabián seríamos un cuarto muy normalito, pero al compararnos con él, parecemos tontos.

10. A mamá últimamente la llama mucho un tal Bertfried, y después de hablar con él, pone siempre cara de tonta. ¡No sé qué narices le pasa!

DOMINGO



Hoy es domingo y desayuno con mamá. Está de muy buen humor y me cuenta que está organizando una nueva exposición.

–Imagínate, será en la vieja fábrica de sombreros. Es un espacio ideal, muy alto y luminoso. Además, no es tan esnob como la Galería Federal.

Mientras habla, agita su tostada en el aire y las miguitas salen volando. Me gusta cuando mamá está tan contenta. Tiene un brillo especial en los ojos. Cuando está así, parece imposible que otras veces entre en crisis y le dé por pensar que sus fotos no son suficientemente buenas. ¡Qué tontería! La verdad es que son geniales y ha ganado un montón de premios con ellas.

Después de desayunar, cogemos las bicis y vamos hacia el lago Bagger. Ya estamos en septiembre, pero todavía hace calor.



–¡En julio se nos congelaba el culo de frío, pero, a este paso, en diciembre nos vamos a coger una insolación! –comenta mamá.

–Es verdad. Podríamos celebrar la Navidad en la heladería –añado.

–¡Eso! Y en vez de bolitas en el árbol, podrás hartarte de helados, y yo de Campari –bromea mamá.

–Y en vez de cantar *Noche de paz, noche de amor*, cantaremos *Noche de juerga, noche de sudor* –le contesto.

¡Quién me mandaría decir eso! Ahora resulta que mamá empieza a acordarse de miles de canciones de Navidad y se pone a cantarlas a voz en grito mientras cruzamos el bosque. Menos mal que no nos cruzamos con nadie en el camino. ¡Menudo corte!

Por la tarde vamos a la pizzería de Paolo, que es la favorita de mamá. En realidad, Paolo se llama Daniel, pero le llamamos Paolo porque es un fanático de Paolo Conte, un cantante italiano de hace siglos. Sus canciones son un rollo, sobre todo si a tu madre le da por tararearlas de la mañana a la noche.



Una vez le pregunté a Paolo si podría poner la radio, a ver si sonaba algún grupo más decente.

—Madonna mía, ¡NO! ¡Sobre mi cadáver! —me contestó.

Pero aparte de sus gustos musicales, Paolo es muy majo.

En el restaurante quedamos con dos amigos de mamá, Malte y Piet. Malte pinta cuadros muy graciosos con nombres raros como, por ejemplo, *Perdiguero saluda a sapo gordo*. Piet es de Nueva Zelanda. Hace esculturas de madera gigantescas. Resulta que la exposición de la antigua fábrica de sombreros la organizan los tres juntos.

¡Qué guay! Seguro que habrá una fiesta de inauguración. ¡Ojalá! Me imagino la cara que pondría el soso de Fabián Schilling si viera a Malte con su coleta y su pendiente y a Piet con sus tatuajes. Piet está tatuado de la cabeza a los pies. A mí me mola mucho. A lo mejor me dedico a hacer tatuajes cuando sea mayor.

¡Yo lo flipo! En todo el día no me había acordado de Fabián. ¿Por qué se me tenía que venir a la cabeza justo ahora?

Malte
↓



Piet
↓



La primera vez que vi a Fabián, estaba dando vueltas por delante de nuestro colegio y parecía perdido.

–¿Te puedo ayudar en algo? –le pregunté.

–No, gracias, no hace falta –musitó.

Ese día, me sacaron a la pizarra en clase de Lengua. No podía concentrarme en escribir nada porque la bruja Schmitz me tenía agobiada.

–Wanda, ¿cómo se escribe *excavadora*? Piénsatelo bien. En-cuarto-ya-deberíais-saber-estas-cosas.

Ella seguía, dale que te pego, y yo no lograba concentrarme en deletrear la dichosa palabra porque no hacía más que imaginarme a mí misma conduciendo una excavadora gigante y expulsando a la Schmitz de la ciudad.

Claro, me entró la risa y la señorita Schmitz se enfureció. Justo en ese momento, entró el director con un alumno nuevo: Fabián. La Schmitz, inmediatamente, puso su hipócrita cara de mártir y le pidió que me ayudara. ¡Como si yo no supiera cómo se escribe *excavadora*! ¡Ni que fuera tonta!

–¡Princesa! ¿Por qué pones esa cara? –pregunta Paolo acercándose a nuestra mesa–. Me parece que tu problema se soluciona con un especial de

Paolo: los *spaghetti* Wanda, con ajo y champiñones, pero sin cebolla.

–Para el problema que tengo ahora no me van a ayudar mucho, pero por lo menos podrían quitarme el hambre. Me suenan las tripas como si fueran un perdiguero rabioso –le contesto, y me vuelven las ganas de reírme.

–*Allora, spaghetti* para Wanda, y para la bellísima Ilse, un Campari con mucha soda, como siempre.

–*Ecco*, como siemprrrreeee –lo imita mamá riéndose.

Entonces Paolo le besa la mano, en plan de juerga, claro.



Cuando volvemos a casa, la de los Schilling ya está oscura. Solo hay luz en la ventana del baño. «Seguro que es Fabián lavándose su estúpida cara de pardillo», pienso.

¡Encima, mañana cogeremos el mismo camino para ir al colegio! En fin, estoy demasiado cansada como para preocuparme por eso ahora.

LUNES POR LA MAÑANA

Podría ser una mañana maravillosa. El sol entra en mi habitación perfectamente ordenada, un jilguero se asoma por el alféizar de la ventana, e incluso mamá silba mientras prepara el café, a pesar de que ella suele tener muy mal despertar.





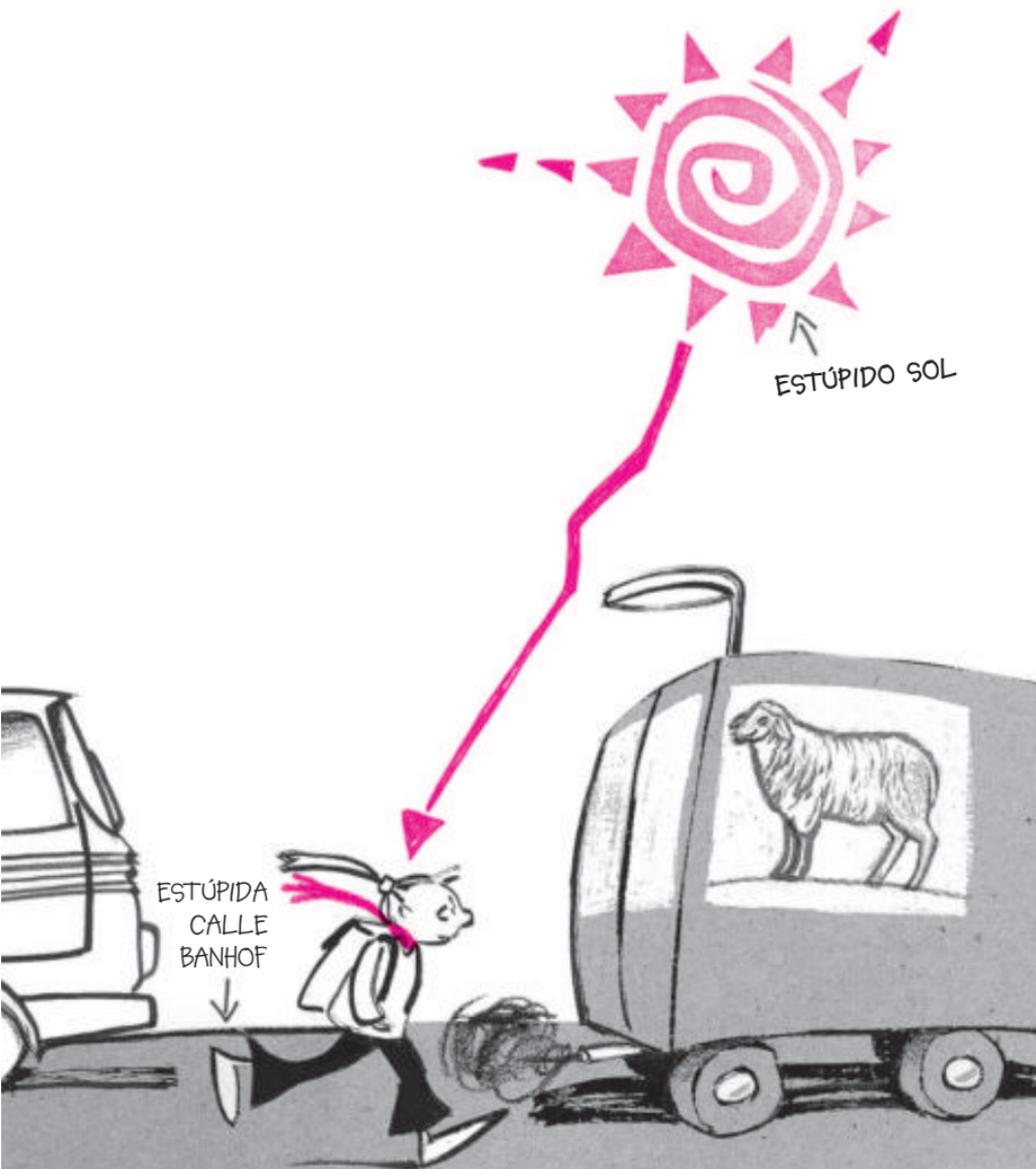
De hecho, siempre dice: «Qué sabio el refrán *No por mucho madrugar amanece más temprano.* ¿Ves? ¿Para qué voy a madrugar entonces?».

A mi padre, cuando vivía con nosotras, esa actitud le sacaba de quicio. Es de los que disfrutaban saliendo al amanecer para dar largas caminatas.

Bueno, como iba diciendo, podría ser una mañana estupenda si no fuera porque, apenas me despierto, se me viene Fabián Schilling a la cabeza. Mientras desayuno, busco un sitio estratégico para poder observar detenidamente la casa de los vecinos. Hasta que no veo a Fabián ponerse su ridículo gorro y bajar las escaleras, incluso hasta que no estoy cien por cien segura de que ya ha doblado la esquina, no salgo de casa. Ahora tengo que tener cuidado de no ir demasiado rápido, no vaya a ser que lo alcance sin querer.

LUNES, MEDIODÍA

Después del colegio, es mucho más difícil evitar a Fabián. Se ha quedado un rato charlando en la verja, y cuando por fin se ha puesto en camino, mira para atrás constantemente. Así que he tenido que dar un estúpido rodeo. Y encima me muero de hambre. Schilling, el más repugnante de todos los ñoños asquerosos, seguramente ya está comiendo tan campante, y yo aquí, bajando a trote por la calle Bahnhof, a pleno sol de mediodía. El mundo es injusto, tremendamente injusto.



ESTÚPIDO SOL

ESTÚPIDA
CALLE
BANHOF